

Ermina. Mil gracias por esta instrucción que nos has dado; y que, cierto nos deja sumamente satisfechas: ahora aguardáenos la que nos ofreciste acerca de la *Comunión*.

Faustina. Será siempre y cuando gustaréis; en la inteligencia de que yo estoy eternamente dedicada á todo aquello que pueda servir de complacencia.



Conversacion LXVIII

SORRE LA COMUNIÓN

Ermina. Completamente satisfechas de lo que nos dijiste acerca de la Confesión, venimos á pedirte otro tanto para la *Comunión*.

Faustina. Yo estoy enteramente dispuesta; y ninguna cosa puede darme mayor gusto, que ver el anhelo que manifestáis por instruiros.

Anisa. Deseamos, pues, saber, ¿qué es lo que debe hacerse para comulgar dignamente?

Faustina. Aquí es donde yo no omitiré cosa alguna, para satisfaceros plenamente.

Ermina. Muy obligadas te estaremos siempre por tantos favores.

Faustina. Primeramente desearía yo, que os tomaseis tres días para prepararos á la comunión.

Anisa. Y ¿qué hemos de hacer en estos tres días?

Faustina. Vacar al retiro y á la oración, al recogimiento y á las elevaciones del corazón á Dios: ocuparse en las santas lecturas; en visitar al Santísimo Sacramento; en mortificaros, y hacer algunas limosnas, si estubieréis en paraje de ello.

Ermina. ¿Qué hemos de practicar después de esto, para no hacernos reas de la sacrilega profanación del Cuerpo y Sangre de Cristo?

Faustina. Os habéis de probar cuidadosamente antes de recibir la Sagrada Eucaristía (1); y después de examinar bien el estado de vuestra conciencia, se le habéis de descubrir fielmente á vuestro confesor, para que según las disposiciones que halláre en vosotras, os permita, ú os defiera la sagrada Comunión.

Anisa. ¿Qué tiempo será mas á propósito para ir á verse con el Confesor?

Faustina. Si pudieséis hacerlo la víspera de comulgar, será lo mejor; para que en el día de la Comunión tengáis lugar de no pensar en otra cosa, que en Jesucristo, á quien vais á recibir.

Ermina. Y ¿qué nos aconsejas que hagamos la noche que precede á la comunión?

Faustina. Os aconsejo que os retiréis temprano á Casa, para meditar despacio sobre las disposiciones de

1 I. Cor. 11. 28.

vuestra alma, y sobre la grandeza del beneficio de la Eucaristía.

Anisa. ¿Qué libros nos aconsejas que leamos, para aprovechar más en esta meditación?

Faustina. Escojed aquellos, que sean más propios para encender en vuestro corazón una devoción fervorosa al Santísimo Sacramento.

Ermina. ¿Cuál debe ser el fruto de esta meditación?

Faustina. El penetraros de amor y reconocimiento á Jesucristo.

Anisa. ¿Con qué oración deberemos concluir esta meditación.

Faustina. Con ésta: "Dios mio: preparad mi corazón; haced por vuestra gracia, que yo me prevenga con unas disposiciones dignas de vos: disipad mi tibieza; fortaleced mi debilidad; abrazadme en fervor; haced que yo reciba con amor lo que vuestro amor me prepara: Dadme una fé como la de Zaquéo; una humildad como la del Centurión; unos lágrimas como las de San Pedro; una penitencia como la de la Magdalena; una pureza como la de San Juan; y unas santas disposiciones como las de la Bienaventurada Virgen Maria y todos los Santos."

Ermina. ¿Qué nos aconsejas que hagamos por la noche?

Faustina. Si despertaréis en el discurso de ella, ocupaos inmediatamente en considerar la felicidad grande que os espera. Decid en el enagenamiento de vues-

tro amor: "¡Quién me dará oh divino Jesús mío, que yo os reciba en mi corazón; que me una estrechamente con vos, y que os posea para siempre! ¡Oh! ¡Y cuánto se me retarla este feliz momento!"

Anisa. ¿Qué hemos de mostrar á Jesucristo desde el amanecer?

Faustina. Así que abráis los ojos, habéis de manifestar á Jesucristo los vivos deseos, en que vuestro corazón se inflama, y decidle: "Mi alma, Señor, os ha deseado toda la noche, y desde el amanecer os está buscando: yo me abrazo en una ardiente sed por vos, y mi corazón os desea con ardor increíble: como el siervo agitado y sediento anhela con impaciencia por las fuentes de aguas que refrigeran; así en mi alma sedienta os desea con el mayor ardor."

Ermina. ¿Cómo se ha de comenzar el día?

Faustina. Luego que os levantéis, os habéis de prostrar delante de Dios, adorándole humildemente, y haciendo por un rato oración, para recibir con el socorro de ella, las gracias y virtudes que necesitamos para comulgar dignamente.

Anisa. ¿De qué consideraciones nos podremos valer para esto?

Faustina. Considerad, poseidas de asombro la bondad con que Jesucristo se dá á vosotras; y exclamad llenas de admiración: "¿quién es el hombre, Señor, para merecer, que vos os acordéis de él, y le honraréis de esta suerte con vuestras visitas? ¿De dónde á mi tanta dicha, oh Dios mío, que vos os dignéis abatiros

hasta el extremo de hospedaros en mi pecho? ¿Quién soy yo para recibirlos, oh Dios lleno de magestad? ¡La Iglesia no cesa de admirar vuestro profundo abatimiento en el sagrado vientre de la mas pura de todas las Vírgenes! ¡Los Judíos mismos se escandalizaron en otro tiempo de veros entrar en las Casas de los pecadores, y comer con ellos; ¡Ah! ¡Yo debo temer que los ángeles se asombren de que vos me admitáis y toleréis en vuestra mesa!"

Ermina. Señálanos si gustas, que es lo que debemos hacer interin dure la misa.

Faustina. Mientras la Misa habéis de estar atentas á todas las ceremonias del Santo Sacrificio; dejándoos apoderar de todos los pensamientos afectuosos de reconocimiento, de amor, y de anonadamiento que inspira el ver á Jesucristo inmolado sobre el Altar.

Anisa. Asimismo señálanos lo que hemos de hacer, al paso que se va acercando el tiempo de la Comunión.

Faustina. Entónces es necesario hacer con todas veras actos de Fé y Esperanza de Caridad, y Humildad, de adoración y reconocimiento; y mantener siempre un exterior lo mas modesto, lo mas recogido y mas respetuoso que sea posible.

Ermina. Guíanos como por la mano, con tus consejos hasta el momento de recibir la Comunión.

Faustina. En este momento habéis de adorar interiormente á Jesucristo dentro ya de vuestro pecho con-

vidando al Cielo y á la tierra á que tomen parte en vuestra felicidad; y exclama, absortas como si estuviérais fuera de vosotras: "Alma mía bendice al Señor; y vosotras, potencias mías, uníos todas para alabar su Santo Nombre: ahora sí, que yo no encuentro ya cosa alguna sobre la tierra que sea estimable; la vida misma me parece molesta; y me estaría mucho mejor dejar este mundo, ahora que mis ojos han visto á su Salvador, y que mi alma ha encontrado ya á su amado: pues que he llegado á poseerle, no le dejaré jamás."

Anisa. Después de la Comunión ¿qué se ha de hacer?

Faustina. Poseer pacicamente un tesoro tan precioso y exquisito, y gustar en silencio de un bien tan delicioso: juntad todas las potencias de vuestra alma al derredor de Jesucristo, para que le rindan vasallage oidle en el retrete de vuestro corazón, y recibid gozosamente las palabras que salieron de su boca: depositadas en lo mas oculto de vuestro pecho; y entregaos sin recelo alguno á todos los diversos afectos que os inspirasen vuestro amor y agradecimiento hácia aquel Señor.

Ermina. ¿Qué hemos de hacer despues?

Faustina. Unas veces os habéis de abatir en presencia de Jesucristo, á vista de vuestras miserias; otras veces os habéis de animar por medio de una confianza grande, en su bondad; otras os habéis de unir

á Jesús por amor, implorando su socorro en todas vuestras necesidades; y pidiéndole, que tenga siempre fijos sobre vosotras los ojos de su misericordia.

Anisa. ¿Cómo se debe pasar lo restante del dia?

Faustina. Habéis de conservar en todo él un profundo recogimiento; echando de cuando en cuando una ojeada hacia Jesucristo, que está en vuestro corazón, y suplicándole, que os abraze en el fuego de su divino amor: al propio tiempo os habéis de dedicar á cosas de piedad y de Religión; cercenando algo del juego, de las diversiones y compañías del mundo, por temor de disminuir, ó de apagar en vosotras el espíritu de Jesucristo.

Ermina. ¿Qué es necesario hacer para ponerse en estado de comer con mas frecuencia este pan de ángeles?

Faustina. No pensar en otra cosa, que en hacer incessantemente nuevos progresos en la virtud; desarraigat de vuestra alma hasta la mayor afición á la culpa; desprender vuestro corazón de las cosas de la tierra; y enderezar todos vuestros pensamientos hacia el Cielo: de forma, que vuestra continua ocupación sea domar vuestras pasiones, destruir los malos hábitos ó constumbres, vencer vuestras inclinaciones desregladas quebrantar vuestra propia voluntad; mortificar vuestros sentidos; para de ese modo conformar vuestra vida con las acciones de Jesucristo, y con las reglas del Evangelio.

Anisa. Ya que nos has pedido tres días para prepa-

rarnos á la Comuni3n; ¿cuántos nos prescribes para la acci3n de gracias?

Faustina Otros tres os seña1o.

Ermina. Y ¿qué es lo que se ha de hacer en ellos?

Faustina. Ocupar incesantemente la consideraci3n en la inestimable felicidad que habéis conseguido; gustar y saborearse con este gozo y este placer, con una gran efusi3n ó esparcimiento de coraz3n; y dar gracias á Dios, aun mas con vuestras buenas obras que con vuestras palabras.

Anisa. Nos retiramos ya, contentas en extremo para ir á menitar despacio todas estas verdades, de que nuestro coraz3n queda bien imbuido.



Conversacion LXIX

SOBRE EL DESEO DE COMULGAR.

Isabel. Yo siento en mí un atractivo ó un impulso muy vehemente hacia la Comuni3n; mas no sé, si deberé seguirle, ó no.

Ifigenia. A mí no has de consultarme sobre eso; sino aquel Sujeto que tengas por Director.

Isidra. También yo experimento igual atractivo; y me hallo en la propia duda.

Ifigenia. Pues no puedo responderte mas, que lo que ya he dicho.

Isabel. No entiendas, que es consejo el que te pedimos, sino una instrucci3n.

Ifigenia. Enhorabuena; porque de otra suerte yo no pudiera responderos.

Isidra. Dinos solamente qué juicio es el que tú ha-

ces acerca de esto; pues ya sabemos, que al Padre espiritual es á quien toca decir sobre esta materia.

Ifigenia. Para satisfaceros, no se necesita mas, que examinar la calidad y naturaleza de ese vuestro atractivo ó impulso.

Isabel. ¿Acaso hay muchos géneros de atractivos?

Ifigenia. Lo mismo sucede con el atractivo hacia la Comunión, que con la hambre corporal.

Isidra. Pues ¿qué? ¿Hay diferentes hambres corporales?

Ifigenia. Hay dos suertes de hambre: una que proviene de la buena digestión; y otra, que se causa por el desconcierto del calor del estómago.

Isabel. ¿Cómo se ha de conocer esto?

Ifigenia. La digestión se conoce que es buena, cuando se experimenta un nuevo vigor en todo el cuerpo; vigor producido por la distribución general del alimento en todo el cuerpo.

Isidra. Eso ya lo comprendemos muy bien.

Ifigenia. Conócese el desorden del calor del estómago, cuando los alimentos no aprovechan, dejándole siempre en la misma debilidad.

Isabel. Haznos, si gustas, el favor de aplicar esa comparación misma á la Sagrada Comunión.

Ifigenia. Es cosa fácil: entónces se hace una buena digestión de esta vianda espiritual, cuando se siente un nuevo vigor en todas las partes ó potencias del alma, por la distribución general de este santo alimento.

Isidra. ¡Cosa muy maravillosa, ciertamente!

Ifigenia. Sí; una Comunión bien hecha debe transformarnos en Jesucristo, según aquellas palabras que San Agustín pone en boca de este Divino Salvador: "Yó, dice el Señor, no seré mudado en tí, sino que tú serás mudado en mí." [1]

Isabel. ¿Luego forzosamente se ha de echar de ver, que Jesucristo obra y ejerce sus operaciones en todos aquellos que comulgan?

Ifigenia. Sí; estas personas deben tener á Jesucristo en el corazón, en el cerebro, en el pecho, en los ojos, en las manos, en la lengua, en los oídos y así en lo demás.

Isidra. Y ¿qué hace Jesucristo en todas esas partes?

Ifigenia. Dirigirlo todo; purificarlo todo; mortificarlo todo; vivificarlo todo; amar en el corazón; entender en el cerebro; animar en el pecho; ver en los ojos; hablar en la lengua; escuchar en los oídos; y á este tenor en las demás.

Isabel. ¿Con qué tú quieres que la persona que comulgue, venga á ser como Jesucristo?

Ifigenia. No soy yo quien quiere esto; sino que la razón misma lo dicta así: porque ¿cómo es posible alimentarse del mismo Dios, sin hacerse en alguna manera divinos? ¿No es esto lo que el Apóstol quiere de-

1 Confess. lib. 7. cap. 20.

cir, cuando al que ha comulgado, le hace explicarse de esta suerte: "Yo vivo; ya no yó; sino que es Jesu-
„cristo quien vive en mí?" (1)

Isidra. Todo eso que dices, es muy justo; pero al propio tiempo muy difícil de practicarse.

Ifigenia. No es tanto como vosotras imagináis; pues-
to que Jesucristo es quien obra todo eso en aquel, á quien una vez ha llegado á mudar ó transformar en sí mismo: para lo cual no es menester mas, que dejar á este Señor obrar, cooperando fielmente con su acción y guardándose mucho de hacerles resistencia.

Isabel. ¿Y no se echarán ya de ver algunas fragilidades en estas tales personas?

Ifigenia. Las fragilidades involuntarias no perjudican á esta perfección que he dicho; antes bien, la ayudan y fomentan.

Isidra. ¡Hé! ¿Cómo puede ser esto?

Ifigenia. Porque hacen que el alma se mantenga siempre en un profundo abatimiento delante de Dios, á vista de sus flaquezas; y en una total dependencia de su soberano socorro.

Isabel. Ahora ya comprendemos los efectos de una buena Comunión. Haznos ver igualmente los de la Comunión infructuosa.

Ifigenia. Vedlo. Cuando el alma permanece siempre en un mismo estado, sin hacer progreso alguno en la virtud.

1 Espist. ad Galat. II. 20.

Isidra. Esa es una idea demasiado general.

Ifigenia. Pues aquí tenéis otra mas particular y mas contraída: cuando el alma no se vuelve ni mas humilde, ni mas obediente, ni mas desprendida de sí propia, ni mas mortificada, ni mas afable, ni mas sufrida; en una palabra; cuando vive siempre según sus pasiones.

Isabel. Esa expresión "pasiones" es demasiado áspera.

Ifigenia. No entiendo yo por esta palabra las pasiones groseras, sino las pasiones finas, ó bellacas, desenfrenadas que se suelen fomentar cuidadosamente.

Isidra. ¿Luego el vehemente deseo de comulgar que tienen estas tales personas, es semejante á el hambre que proviene del desorden ó descomposición del calor del estómago?

Ifigenia. Sí; en un todo es semejante á ella.

Isabel. ¡Muy dignas son de compasión tales personas, á la verdad!

Ifigenia. Otras hay aún, que no lo son menos.

Isidra. Y ¿cuáles son?

Ifigenia. Las que, dando en otro extremo, comulgan sin tener hambre ninguna espiritual de la Santa Comunión.

Isabel. Y ¿por qué dices, sin tener ninguna hambre espiritual?

Ifigenia. Para significaros, que ésta es suficiente; pues la otra, que es y se llama "sensible" ó "material," no depende de nosotras.

Isidra. ¿Es muy malo comulgar sin tener absolutamente ninguna hambre espiritual, ni sensible?

Ifigenia. Bien podéis vosotras conocerlo; supuesto que eso es denotar mucha inapetencia ó disgusto hacia una vianda tan excelente.

Isabel. Y ¿qué remedio hay para eso?

Ifigenia. El mismo que se suele aplicar á los estómagos estragados, ó que abundan en humores.

Isidra. Con ¿qué será preciso recurrir para esto á los Médicos espirituales?

Ifigenia. Sí; y ejecutar con la mayor docilidad y exactitud todo lo que os ordenaren.

Isabel. ¿Y si nos mandaren guardar dieta, ó usar de otros remedios penosos?

Ifigenia. Como vosotras estéis bien resueltas y deseéis recobrar la salud, nada se os hará costoso.

Isidra. Forzoso, pues, nos será el haber de seguir tu consejo.

Ifigenia. Haciéndolo así, comeréis con inexplicables delicias este celestial alimento, y encontraréis en él una dulzura incomparable.

Isabel. Por tomada ya nuestra resolución. Mil gracias por todas tus instrucciones.



CONVERSACION LXX

SOBRE LA COMUNIÓN DE CADA OCHO DÍAS.

Lorenza. Ansiosa estaba yo porque vinieses, para hablarte de una materia que me parece bien importante.

Macaria. Demasiado honor me haces en eso; y cierto, que te lo estimo mucho.

Paulina. Si no estuvieramos bien hechas cargo de tu capacidad; á buen seguro, nadie se apresuraría por oírte.

Macaria. Dejémonos ya si os parece, de cumplidos; y vamos á la substancia.

Lorenza. Pues para no perder tiempo, te diré desde luego, que aunque yo siento en mí un grande atractivo á la Comunión; con todo, no quisiera yo condescender á él en cosa que no fuese conforme á reglas: enséñame, pues, si gustas, cuáles son éstas.